



## Comisión 7

### Índice

1. Viajar no es irse lejos. Melani Aguayo Lator
2. El último adiós. Nicolás Ayala
3. Venganza extraterrestre. Joaquín Azurmendi
4. Funeral para un pibe bueno. Manuel Báez
5. Click. Albertina Bidart
6. No siempre la vida es color de rosa. Mariano Cardín Quiroga
7. Vivir sobre cuatro colchones. Nazarena Cintioni
8. Somos. Federico Cline
9. La isla invadida. Juliana Cuenca Nimer
10. El viaje de mi vida. Leonel Cuyebay
11. El niño grande. Arturo Depratti Ramírez Abella
12. Masacre al tiempo y en cadena. Melina González Silva
13. Mujeres alcen su voz. Inti Gonzalia
14. Fuera de mi vida el anticlon. Nahuel Guastapaglia
15. Aislado. Gabriel Ilieff
16. En busca de la realidad. Matías Larriaga
17. La libertad de Edmundo. Josue Levitt
18. Los invisibles. Stefania Liendo
19. La búsqueda. Yamila López
20. Quiero llegar a cien. Agustín Martinelli
21. Demasiados escrúpulos. Nazareno Napal
22. Poder y problemas. Juan Oyarzabal
23. Yo soy otro tú y tú eres otro yo. Franco Pallares
24. Mártir. Lucas Pérez Pallavicini
25. Pequeñas alegrías. Micaela Perfumo
26. Más allá de la muerte. Juanita Pichén Prado
27. Antología. María Plata
28. La inclusión ayuda en la decisión. María Lucía Rojas Perassi
29. Las vueltas de la vida. Enzo Roselló
30. La integridad perdida. Vera Sangiácomo
31. Tierra de diamantes. Jonathan Santana
32. El milagro. Salvador Strube
33. La cara de la soledad. Laura Vargas

## **Viajar no es irse lejos**

Melani Aguayo

Uno de los objetivos en casi todas las amistades en viajes. Compartir una aventura de película con esa compañía especial. Pero el caso de este paseo es un poco particular, como estas dos amigas.

Todo empezó con un “¿salimos?”. Afuera, el Sol, las calles y la plaza, invitaban. La mochila, el mate y las galletitas –equipaje listo- dijo Lucía. Miró a su amiga y entre risas marcharon hacia su destino: la plaza

El trayecto duró (más o menos) cinco minutos. Caminamos esas pocas cuadras desde a casa de Lucía y el día estaba.

Cuando llegaron, acomodaron el mantel, se armaron el picnic y comenzó su estadía. Al sentarse suspiraron – ¡hay que caminar cinco cuadras eh!- se quejó Lucía. Las siguientes horas hubo una larga charla, recuerdos, proyectos. Del pasado al futuro. Y el presente que siempre es el conflicto. La difícil pregunta “¿qué estoy haciendo?”, “qué soy ahora”.

El mate ya frío y la luz anaranjada del Sol, daban por terminado el viaje. Entonces, Lucía, pensó “viajar no es irse lejos o literalmente volar, viajar es irse”. La foto para el recuerdo quedó guardada. La sensación de sentirse bien, también.

## **El último adiós**

Nicolás Ayala

Después de que la autopsia del cuerpo de Nicolás haya dado como muerte súbita, los enfermeros de la morgue decidieron empezar a preparar la sala para el velatorio. Para ello, solo faltaban algunas horas, ya que su familia quería que no se tarde demasiado tiempo porque ya que fue un fallecimiento repentino, lo mejor era que ya se preparase todo y no se use más tiempo del debido.

El cadáver yacía acostado en una mesa de metal, tapado sólo con una sábana hasta la altura de los pectorales. En esa habitación esperaba el embalsamador, el cual era el encargado de preparar el cuerpo y dejarlo en las mejores condiciones, para así luego ser recibido por sus allegados. Lo primero que se hizo con él fue maquillarlo, para que su rostro no muestre ese color pálido que comúnmente los difuntos suelen tener, y con un poco de maquillaje darle un tono más cálido. Para poder disimular, después siguió con peinarlo y acomodar el cuerpo en el ataúd de una forma que pareciera que estuviera descansando en paz. Luego llegaría la decoración del lugar, poniendo las coronas de flores alrededor de dicho ataúd, así poder tener todo en forma y espacio.

Al estar todo listo sólo el lugar esperaba a las personas que venían a dar su último saludo a Nicolás. Primero llegaron sus familiares más cercanos, su madre, que en su rostro se podía observar angustia y tristeza absoluta, al ver a su hijo, se le hizo imposible contener las lágrimas, ver a su mejor creación en una caja de madera rompió su corazón y su alma. Su mente no lograba entender o siquiera preguntarse el porqué de lo sucedido. No había explicación, no se le podía echar la culpa a nadie porque simplemente no había culpa alguna, sólo era obra de la madre naturaleza, pero para sus familiares era imposible entender eso, sólo se quedaron observando a Nicolás sin decir una palabra, lo único que se podía escuchar era el ruido inconfundible de los llantos desconsolados.

La noche se hizo eterna, las horas pasaron lentamente, hasta la madrugada del día siguiente en donde lo único que quedaba era el dar el último adiós a Nicolás, e irse con esa tristeza que iba a perdurar para toda la vida.

## Venganza extraterrestre

Joaquín Azurmendi

Un fuerte temblor despertó a la ciudad de Ayacucho. Seis de la mañana y ningún vecino quedó dentro de su casa, los del turno noche salieron de sus puestos de trabajo. Durante dos minutos se movió toda la ciudad, las alarmas de los autos se dispararon y las de los hogares también.

Mucha gente perdió la calma y comenzó a correr por las calles, desesperados, gritando. Dos hombres que vivían enfrente se pusieron a charlar.

-¿Un terremoto? Es muy raro, nunca había pasado- Dijo Roberto.

-La verdad que no sabía que acá se podía producir uno- Respondió Gustavo

-Es imposible, vamos al centro a averiguar qué pasa.

Nadie sabía lo que pasaba. En una estancia, un paisano que estaba abriendo los molinos se cayó de su caballo y a lo lejos vio (una legua según informó) una esfera metálica a la cual le salían dos patas gigantes que comenzó a sonar una bocina.

-¡Debe ser una nave espacial que falló! –Gritó

Con el suelo temblando todavía, intentó subirse a su caballo pero no podía, una vez que el temblor pasó y su caballo se tranquilizó, lo montó y se dirigió a su casa, donde lo esperaba su esposa.

-Mónica, ¡No sabés lo que pasó! Una nave espacial cayó en el campo- le dijo.

-Manuel, ¿Eso fue lo que causó semejante temblor?

-No sé, pero calculo que sí. Hay que llamar a la policía- le señaló el teléfono.

Llamó el 911, les contó la situación y lo trataron de loco, pero para que se quede tranquilo iban a mandar una patrulla. Cuando el móvil iba llegando al campo, se escucharon unas diez explosiones más y unos aparatos similares, pero de menor tamaño se unieron al más grande. Desplegaron unos cañones y le dispararon al coche de la policía. Inmediatamente dieron la vuelta y se dirigieron a la ciudad derribando todas las antenas que divisaban.

En aproximadamente diez minutos llegaron, tenían una velocidad increíble. Se dirigieron al centro de la ciudad donde se encuentra la intendencia y los principales medios de comunicación, además de todas las personas que se habían congregado para saber lo que pasaba.

-Estos son los yankees, no les alcanza con controlar las economías, ellos tienen que invadir- dijo un señor grande.

-Para mí, son los rusos y ese comunismo maldito- le respondió una señora.

-Ojalá sean los marcianos- mencionó un nene.

Las máquinas comenzaron a bombardear la municipalidad, luego el diario y las 3 radios que se encontraban en la cercanía y una fue a destruir la última radio que quedaba un poco más lejos. También siguieron destruyendo antenas y los cables.

Algunos vecinos volvieron a sus casas a buscar algunas armas y tratar de luchar contra los aparatos pero fue en vano, no los pudieron alcanzar.

Unas 15 personas murieron a raíz de las balas perdidas.

Una vez que aislaron al pueblo de toda comunicación volvieron a la plaza central con el siguiente mensaje *“Humanos venimos del planeta Plutón, ustedes nos han deshonrado declarándonos un planeta enano, ahora los conquistaremos y los esclavizaremos para toda la eternidad”*.

Alrededor de 100 máquinas más se le unieron a los extraterrestres y se dividieron en grupos de diez, los cuales salieron en todas direcciones con el propósito de cumplir su promesa.

## **Funeral para un pibe bueno**

Manuel Báez

Lo último que recordaba era una bocina aturdiéndome el oído, después una luz encguecedora. Luego aparecí ahí, recostado en ese cajón, estaba ahí pero a la vez no, porque podía verme, como si fuera una película. Estaba de traje, como en mi fiesta de egresados, no quería ni pensar si era el mismo, pero bueno, no había que ser muy vivo para ver que era mi velorio, y aunque suene irónico, me quería matar.

En primer lugar estaba un tanto shockeado, no terminaba de entender que ya no iba a poder juntarme con mis amigos, ni compartir un mate con mi viejo. Ni si quiera entendía cómo podía verlo todo, si para mí una vez que te llegaba la hora se desaparecía toda la existencia.

Después me sorprendió ver toda la gente que había. Estaba hasta esa amiga con la nos distanciamos y no hablábamos hace meses. Parecía ser una de las más conmovidas, ¿le habría quedado algo para decirme? Lo cierto es que realmente me hubiera gustado arreglar las cosas después de una pelea sin sentido. Y lo cierto también, es que ya nunca iba a saber qué hubiese pasado.

Lo más triste es ver a mi viejo. Nunca lo había visto tan mal, parecía que le hubieran sacado un pedazo. Él fue el primero en subir a decir unas palabras, “mi hijo era un chico que no tenía maldad, estaba lleno de planes para el futuro, siempre se ponía en el lugar del resto y me ayudaba cuando las cosas me sobrepasaban”, tuvo que parar y bajar, porque ya no podía más.

Le siguió mi mejor amigo, él dijo que había perdido un hermano y se jactaba cada tanto de lo injusta que era la vida ¿por qué yo y no alguna mala persona?

Se iban sucediendo las personas, casi todas repetían las mismas cosas: “un chico bueno, que siempre estaba dispuesto a escuchar, alguien que siempre proponía cosas para hacer, que no le gustaba quedarse encerrado”.

Yo, que después de ver a mi viejo, ya no podía contener las lágrimas, me quebré. En ese momento volví a ver la luz del principio y caí inconsciente.

Cuando desperté, estaba en la cama de mi residencia. Había sido todo un mal sueño, aunque se sentía tan real. Agarré el teléfono y llamé a mi viejo.

## **Click**

Albertina Bidart

No cabe duda que lo que acababa de pasar era un hecho poco común. La clase social alta pocas veces se mezclaba con la clase baja y menos asistir a un velorio de alguien tan diferente, como lo había hecho Laura.

La joven regresó a su casa. Tenía los ojos perdidos, que acompañaban un montón de pensamientos que rondaban en su cabeza. Subió a la habitación y se sentó en el banco de roble al costado de su ventana mirando hacia el jardín. Afuera, el sol estaba entrando y los obreros se encontraban desarmando la carpa que habían armado para la fiesta que se había realizado más temprano.

La adolescente observaba al personal trabajando y no pudo evitar acordarse y relacionar este hecho con lo que sucedió en el día. Por su cabeza empezaron a pasar un montón de nuevos pensamientos. El hecho de que su familia se encontrara realizando una fiesta, con una orquesta y música, siéndoles irrelevante que, mientras tanto, frente a su casa una persona estaba siendo velada.

La falta de respeto e interés de parte de su entorno hacía la clase baja había producido en ella una gran indignación. A su vez, algo le atraía y movilizaba a tratarse con dichas personas e intentar que el hacerlo no se sintieran diferente a ellas.

Ese día, ese momento en el que se encontraba pensando en la ventana marcaría un antes y un después en la manera de actuar y pensar en su vida cotidiana.

Quería romper esa brecha entre las clases y relacionarse con todos de la misma manera, sabía que esto no iba a ser fácil, pero intentaría igual llevarlo a cabo y poder transmitirlo a más personas de su entorno.

Laura sentía que estos pensamientos habían estado siempre en su cabeza, pero le faltaba hacer un “click” para cambiar realmente su manera de actuar y este día lo había sido.

## **No siempre la vida es color de rosa**

Mariano Cardín Quiroga

Su amigo trató de calmarlo, pero luego de varios intentos fallidos decidió dejarlo en aquella habitación repleta de suciedad por donde se la mire. Ésta situación se remonta a algunos años atrás, cuando Gustavo Herrera apenas era un muchachito mal criado, de nueve años, por el descuido de sus padres, quienes se dedicaban más a su trabajo, que a su propio hijo. Por cierto, eran un matrimonio multimillonario de las afueras de General Pico.

Hay quienes dicen que la vida no siempre es color de rosa, y por lo tanto, Gustavo Herrera, o Tavo como le decían sus amigos, no sería una excepción.

Era el día veinte, del mes de diciembre, a las nueve y media de la noche, cuando la noche recién empezaba a caer sobre ese cálido día de verano. Como hábito, la familia Herrera tendía a ver televisión en una de las tantas salas de su inmensa casa. Por culpa de estas dimensiones, nunca percibieron que justo en su casa, entrarían un par de delincuentes, con el obvio fin de saquear esa bella residencia, pensando que estaría vacía. Pero para sorpresa de los ladrones, se encontrarían con la familia.

Atónita por ésta situación, la madre de Gustavo, Juliana, entró en pánico y los delincuentes arremetieron contra ella arrebatándole la vida en un abrir y cerrar de ojos, mientras que su marido, el exitoso doctor Nicolás, corrió para salvar su vida, y la de su hijo. Cometido que lograría a medias, ya que sólo se salvaría Gustavo, mientras que él moriría producto de un disparo en la zona del pecho.

Luego de ésta desesperada y poco afortunada situación, Gustavo quedaría huérfano y perdiendo la fortuna de sus padres, producto de una estafa que el abogado de la familia le hizo. Sí, a ese pobre niño de tan sólo nueve años.

Por culpa de esto, el joven Herrera andaría rondando de barrio en barrio, comiendo miserias que los bares tiraban, durmiendo en plazas, con tan sólo un par de cartones.

Por si fuera poco, la poca gente que lo recibía, lo hacía trabajar como trapito en las calles céntricas de la ciudad.

Vivió así hasta los diecisiete años, maltratado y apaleado por la sociedad, junto a su amigo Mauro Espósito, un delincuente juvenil de celulares.

Éste invitaría a Gustavo a vivir en su “rancho”, lugar que había allanado hacía mucho tiempo, pero a cambio, tendría que salir a robar con él.

Desbordado por ésta situación, él decide comenzar a gastar su plata en alcohol. Enloqueciendo solo y triste por su pasado.

Es en ese entonces que decide encerrarse en esa habitación muy sucia, sin escuchar los consejos de su amigo, que luego de escasos intentos para que se calme, decide irse, sin saber que luego de varios minutos, Gustavo arremetería consigo mismo, acabando con su miseria en aquella habitación repleta de mugre, piso de tierra y llena de agujeros en el techo.

## **Vivir sobre cuatro colchones**

Nazarena Cintioni

Son las seis de la mañana y los primeros trabajadores comienzan a poblar la Plaza de Mayo. Poco a poco se va tornando el paisaje habitual de todos los días de semana. Pero para Juan, que vive en un rincón de ella sobre cuatro colchones junto a su familia todo es igual.

Ya con sus 10 años pasó más de la mitad de su vida durmiendo en la calle pero siempre acompañado. Él junto a sus cuatro hermanos, María, Luis, Juana y Daniel, todos menores que él, nunca dejaron de sentirse cuidados y protegidos por sus padres, Pedro y Alma.

El día comienza con la búsqueda del desayuno. Todos los hermanos se van dividiendo entre los comercios cercanos a pedir las sobras. Ya con algo en el estómago se preparan para ir al colegio.

Los más chicos se dirigen al jardín y el resto a la primaria. Mientras que los padres comienzan su jornada laboral en busca de cartones y plástico por toda la ciudad para tener un plato de comida en la cena.

Ya al mediodía cuando todos los niños salen de la escuela se dirigen juntos al comedor cercano para recibir el almuerzo. Luego de algo caliente y un tiempo de juegos entre amigos deciden volver a su plaza vestida de hogar.

Ahora sí, nuevamente reunidos se van acomodando para poder cenar gracias al día de trabajo y esfuerzo de sus padres. Así termina un día más en la vida de Juan, un día más que logro poder sobrevivir en las calles de Buenos Aires.

## **Somos**

Federico Cline

Sucede que muchas familias, en varios lugares del mundo, buscan diferenciarse y alejarse de aquellas que no comparten sus recursos económicos.

No comprenden que, al fin y al cabo, todos terminarán en el mismo lugar y el mismo final los espera.

Comparando a quienes gozan de una vida resuelta desde lo económico con aquellos que día a día luchan por sus necesidades básicas, surge una teoría un tanto interesante: ambos necesitan algo del otro.

Quienes poseen cualquier bien material que se les ocurre carecen del espíritu del esfuerzo y el sacrificio, así como los que poseen estas virtudes no siempre logran tener lo anhelado, o por lo menos no cuando quieren, sino cuando puedan.

Lamentablemente son pocos los que logran romper el cerco del poder adquisitivo, el cual para algunos menos no existe y pelea porque desaparezca completamente.

En dadas circunstancias aquellos que no han nacido adinerados sufren la estigmatización de ser denominados “pobres” despectivamente, o de clase baja. Por eso, sería importante valorar, admirar e imitar a quienes pertenecen a una clase cargada de sentimientos: la clase humana.

## **La isla invadida**

Juliana Cuenca Nimer

En la provincia más al sur de la República, las personas se sentían atemorizadas por los movimientos que hacía la tierra y no tenían una explicación lógica de porque se producía.

Durante la mañana del viernes las familias fueguinas comenzaron su rutina como un día normal. Pero en la tarde cuando la principal rotonda de la ciudad de Río Grande se colapsa por la cantidad de autos que tratan de llegar a sus casas después de la salida de sus

trabajos, comenzaron los movimientos, pero esta vez se hizo notar mucho más. Hasta se derrumbaron edificios y cayeron árboles que aplastaron autos.

La gente en pánico, salieron de sus autos y comenzaron a correr hacia todos lados con el miedo de no saber que estaba pasando en su ciudad. En la costanera, los jóvenes y adultos deportistas fueron los primeros en ver la tragedia que se estaba desarrollando en la isla.

Una especie que nunca antes se había visto salía del agua arrastrándose por las piedras. Su piel brillante y celeste, con piernas y brazos que parecían que no habían terminado de formarse.

Esta especie nueva intentaba levantarse al salir del agua, pero parecían algo torpes, ya que al intentar terminaban en el suelo, inmóviles.

Los jóvenes que estaban en la costanera expectantes por ver que hacían estos extraterrestres fueron a los medios a hacer aviso a toda la sociedad para que estén alertas, pero ya todos estaban buscando una alternativa de salir de la provincia y escapar con vida.

Las fuerzas armadas de la ciudad intentaron matar a esta especie pero al dispararles con sus armas el cuerpo de los extraterrestres absorbía el disparo y lo disolvía en su interior.

Una niña de tan solo diez años que paseaba con su perro por la costanera, veía que estos cuerpos celestes se arrastraban y en vez de ayudarlos todos corrían aterrorizados. Así que ella se acercó a la especie y trató de ayudarlos. Al tocarlos la manó se le hundió en su cuerpo chiclosa y sin consistencia.

La niña intenta logra dar vuelta a uno de ellos. El extraterrestre se puso duro para atacarla, pero por alguna razón solo se quedó quieto y espero la reacción de la niña.

## **El viaje de mi vida**

Leonel Cuyebay

El 3 de enero del 2014 inicié un viaje en colectivo a la provincia de Salta, Argentina.

Dos días antes de partir empecé a preparar todo. El bolso, con ropa muy cómoda de verano, crema, repelente e higiene personal. Esperaba con muchas ansias el viaje.

Llegó el día, todo preparado. Nervios por el recorrido, sabiendo que viajaría solo a un lugar donde visitaría por primera vez.

Inicié el viaje, todo está tranquilo y muy pasivo y en el transcurso del recorrido, durante cinco horas de viaje y lo único que tenía a la vista era campo y más campo. El viaje a destino llevaba dos días. Hicimos el primer descanso, bajamos en un pueblo muy chico, todos aprovecharon para ir al baño, llenar los termos y se le cargó nafta al micro.

Salimos un jueves y llegamos un viernes aproximadamente a las 23: 35. Esa misma noche descansamos en un hotel llamado *Lugar de encuentro* para ese día.

Mi destino era llegar a la casa de mi tía Lucia y tomar unas vacaciones de verano.

En ese pueblo comienzo a explorar y conocer lugares que jamas pensé que existían: campos, cerros, montañas, ríos, lagos y animales sueltos en la naturaleza.

Fueron las mejores vacaciones que pasé en mi vida he hice amistades en todo el tiempo que estuve vacacionando.

Por las noches salíamos a caminar con un grupo de amigos por la plaza del pueblo y el río que estaba muy iluminado. Una de las características que tenía el lugar era la tranquilidad y la paz, que se sentía en el ambiente. Al regresar tuve una sensación muy rara, tal vez porque me acostumbre al estilo de vida que se llevaba en el pueblo. Lamentablemente tuve que volver y mi ciudad con mi rutina de todos los días.

Lo único que anhelo en el año es que vuelva enero.

## **El niño grande**

Arturo Depratti Ramírez Abella

Conocí al gatito a mediados de los noventa, creo que fue en febrero del 96. Él tendría diez u once años, yo diecinueve. Ese verano me peleé con mis abuelos y me fui de casa. Al principio dormí en lo de mis amigos, pero al cabo de unos días no tuve más opciones que dormir en la calle.

En aquellos años pasaba todos los días en plaza Olazábal con mis amigos del barrio. El gatito siempre aparecía con dos o tres pibitos de su edad a escucharnos tocar la guitarra y yo me fui encariñando con él. Siempre me llamó la atención que fuera tan gracioso y alegre a pesar de su vida tan difícil y solitaria.

Cuando los chicos del barrio se fueron a dormir a sus casas quedamos mano a mano, el gatito y yo. Le conté que no tenía a donde ir y riéndose me contestó

–Hoy invito yo –salimos caminando por diagonal 73 por el medio de la rambla, en la escuela n° 10 paró y me dijo –Esperame acá– al rato volvió con facturas y sanguchitos de miga. Él sabía, la calle le había enseñado donde pedir comida. Tenía varios lugares a los que iba todos los días, ya lo conocían, la verdad es que sabía manejarse muy bien y sorteaba hábilmente los obstáculos que la vida en la calle le proponía.

Seguimos caminando por el centro y entre medialunas y sanguchitos, hablamos de nuestras vidas. Me contó que era de Goya, Corrientes y que su mamá estaba presa. No tenía ningún familiar ni nadie que se ocupe de él. Lo que más me sorprendía es que no se quejaba, había naturalizado su forma de vida y creo que le gustaba. Era libre.

Cuando llegó el cansancio, después de tanto caminar, me llevó a los subsuelos de la facultad de Derecho. Allí tenía varios cartones dispuestos a modo de colchón. Me contó que prefería dormir solo, escondido de la policía y de pibes más grandes; una vez los chicos de plaza San Martín habían querido violarlo y que se salvó por una “astilla”.

Creo que para él hacerse cargo de mí, compartir su comida y el lugar donde dormía. Esa noche, yo era el niño desprotegido y él quien podía cuidarme.

No recuerdo cuando me quedé dormido, pero sí su sonrisa cuando me desperté y lo vi con las facturas y una chocolatada. Supongo que se levantó temprano a manguear las facturas y monedas para la Cíndor.

El gato sabía cuidarse solo. Era un niño grande y a pesar de la vida de mierda que le había tocado, sonreía todo el tiempo.

Después de aquella noche sólo lo vi dos o tres veces más y en esas ocasiones yo le dejaba la guita que tenía encima y los cigarrillos.

Hoy debe tener unos treinta años, no puedo imaginarlo con esa edad. Cada vez que paso por la facultad de Derecho pienso en él, en qué será de su vida, si es que está vivo...

Esa mañana regresé a lo de mis abuelos, lo que aprendí esa noche lo aprendí para toda la vida. Entendí que da lo mismo comer facturas de ayer o dormir sobre algo más duro que mi colchón. Lo importante es tener a alguien que se ocupe de vos, que te quiera y también, que te ponga límites, que también es amor.

Ésta es una de las lecciones más grandes que aprendí en la vida y me la enseñó el gatito aquella noche.

## **Masacre al tiempo y en cadena**

Melina González Silva

Luego de que Nick saliera de aquella casa sin respuestas de Ole Anderson, continuó su camino a pie durante un par de cuadras, hasta que se detuvo en un banquillo que había fuera de una verdulería cerrada y se largó a llorar con mucha fuerza y mucha angustia,



mientras pensaba; “Me van a asesinar por haberme metido en esto. Sam tenía razón, no debería haber venido” Y para su desahogo gritó con más intensidad que con la que lloraba -Silencio- dijo una voz de fumador que salía desde un callejón oscuro- ¿No piensas que estás siendo un poco egoísta? Hay gente durmiendo. Y entonces salió un viejo con aspecto de vagabundo y feo olor, acompañado por una botella con líquido que no se alcanzaba a identificar que era.

-¿Quién es usted? ¿Qué quiere?- dijo Nick con valentía pero asustado.

-¿Cómo que quien soy? Que malos modales tienes y para colmo me despiertas de mi fantástico sueño con fantásticas damiselas que me traían comida. Ahora dime; ¿Qué rayos te pasa?

-Está bien tiene razón. Estoy angustiado por haberme metido en donde no tenía que hacerlo.

-Pero muchacho, si sabías que no tenías... ¿Para qué lo hiciste?

-Era un cliente. Mejor dicho, lo es. Es recurrente en el lugar donde trabajo. Un gran tipo. Lo fueron a buscar unos matones para asesinarlo y nos detuvieron un rato. Junto a mi compañero, cuando se fueron corrí inmediatamente a contarle a mi amigo., pero no emití interés en todo esto.

El viejo escuchó detenidamente y solo observó a Nick por un momento.

-Dame un abrazo, necesitas tranquilizarte un poco.

Entonces el joven lo abrazó para recibir su consuelo, cuando de pronto el viejo lo apuñaló con una navaja desde la espalda y lo miró a los ojos diciendo:

-Así aprenderás a no intervenir en nuestros asuntos.

## **Mujeres alcen su voz**

Inti Gonzalia

Mi nombre es Belén. Como todos los días de la semana, menos los domingos que es de descanso, salía de trabajar de la guardia cansada de limpiar todo. Mi rutina diaria era levantarme, hacer el desayuno a mis dos hijas y llevarlas al colegio. Era una madre soltera y trabajo doble turno todos los días. Por esta razón mi madre me ayuda en ir a buscarlos.

Día tras día tomaba el tren y luego el colectivo ya que vivo en barrio humilde y alejado de la capital. Mi jornada es extenuante, salgo a las 22 hs y me espera un largo camino a casa.

Una noche de frío invernal camino a la estación a tomarme el tren para llegar a mi casa, sentí unos pasos cada vez más cerca. Al darme vuelta se abalanza sobre mí y amenazándome a punta de pistola me llevo a un campo alejado donde me golpeó y violó. Mis gritos desgarradores no fueron escuchados por nadie, cuando terminó saqué fuerza y como pude me levanté. Me vestí rápidamente y con lágrimas en los ojos emprendí camino de vuelta a casa.

Cuando llegué intenté ser fuerte pero no pude contener y quebré en llanto delante de mi madre. Le conté lo sucedido, ella con la mirada firme me dijo que todo estaría bien.

Al día siguiente me acompañó a hacer la denuncia, yo todavía temblaba cuando pensaba en lo sucedido. Entramos a la comisaría, ella tomó mi mano y con la voz entrecortada empecé a contar la historia. El tiempo después de eso pasó muy rápido, volví a la rutina de todos los días y aunque por dentro estaba destruida tenía que ser fuerte para mantener a mi familia.

Pasaron dos meses y cuándo todo parecía estar mejor, mi mundo volvió a derrumbarse. Quedé embarazada del hombre que me había violado. Desde ese momento no quise saber nada con el tema. No quería tenerlo ni tampoco que se supiera, tuve que recurrir a un aborto clandestino. Entré al hospital con sus paredes grises, el aire se sentía frío y lo único que se escuchaban eran llantos. Pero yo estaba segura de lo que quería. Entré a la

habitación, me senté y sentí como un aire entraba a mis pulmones y poco a poco me quedé dormida. Fue una pesadilla de la que jamás desperté.

## **Fuera de mi vida el anticlón**

Nahuel Guastapaglia

Mi nombre es Martín y como todo aquel que vive en una ciudad “de moda” sigo las últimas tendencias, porque sino voy a ser visto de mala manera... ¡Mentira! Me visto como quiero ¿Y saben qué? ¡No me importa lo que piensen de mí! Prefiero ser una persona antes que un clon.

Yo no soy como esa gente que quizás en algún momento de su vida salen a caminar y se dan cuenta que sus zapatillas están bastantes pasadas, o están rotas y les da vergüenza, ver como todos los miran de manera acosadora.

Soy libre. Y no me miro al espejo a cada rato como si tuviese miedo de que algún detalle dañe mi personalidad. “Porque el pelo... porque esto... porque aquello”. A mí no me importa.

No me sitúo en el tiempo, lo que nos inculca la televisión ni el resto de los medios. Soy lo que quiero ser, tengo lo que quiero tener. Soy un anticlón.

## **Aislado**

Gabriel Ilieff

Papá no vuelve acá varios días. Creo que ocho, perdí la cuenta. Mamá sigue durmiendo. Las ventanas todavía están cerradas, tapiadas. Como siempre, no se escucha nada de afuera. La casa está en completo silencio. Mi estómago gruñe. El vacío lo estrangula. No sé cuánto voy a poder aguantar. No quiero molestar a mamá, no quiero despertarla para que se vuelva a enojar. Enciendo el televisor, fijo los ojos en la pantalla sin señal. Subo el volumen, con la esperanza de que el ruido blanco me arrastre al sueño, me haga dormir. Me acuesto en el sillón, siento los resortes apenas hincando la espalda.

Mis ojos van a cerrarse cuando la televisión se apaga. Agarro el control pero la pantalla no reacciona, mi estómago se retuerce. La casa está más oscura ahora. Me pregunto dónde estarán las moscas, las escucho pero no las veo. Voy hasta la cocina y reviso otra vez la alacena, sabiendo que no hay nada, que está vacía desde hace cuatro días. Abro la canilla pero el agua no aparece. No quiero molestar a mamá. A pesar de eso, me planto frente a su puerta. Sigue durmiendo. No dejo de temblar.

Una lágrima baja hasta mis labios, la saboreo. Dejo mi mano en el picaporte hasta que la luz que se filtra por la puerta de entrada se apaga. Giro la mano y la puerta comienza a abrirse lentamente con un chirrido. Adentro está oscuro, el zumbido de las moscas se intensifica. El olor es insoportable, pero papá me dijo antes de irse que no me queje porque eso podía hacer enojar a mamá. “¿Mamá?”, le pregunto a la inmensidad. No contesta. Sigue durmiendo. Acciono el interruptor, el cuarto no se ilumina. Me acerco lentamente hasta toparme con una de las patas de la cama. Extiendo una mano. Encuentro una pierna. Mis dedos recorren la carne, fría, delicada. Me tiendo de rodillas y apoyo la cabeza en el colchón sin frazadas. Mis dientes se hincan en algo. Mi estómago gruñe.

## **En busca de la realidad**

Matías Larriaga

Cuando llegue a casa inmediatamente fui a mi cuarto y me acosté furiosa, me había dado cuenta que la realidad era otra y que estaba viviendo una mentira.

Todos estos años me habían criado de una manera diferente, como una reina tal vez, y que mucha gente sufría por cosas que nunca se me habían pasado por la cabeza.

Fue feo ver lo que sucedía allá abajo, era algo horrible. En ese momento empecé a odiar a mi familia, ver el poco corazón que tenían ya que nunca los fueron a ayudar y por sobre todo la falta de respeto que les tenían.

Estaba muy triste, comencé a llorar y al mismo tiempo empecé a romper toda la ropa, los muebles y todo aquello que se me cruzaba en el camino.

Mi cabeza daba vueltas, se me cruzaban todo tipo de ideas. Hasta pensé en matar a mi familia, pero sabía que eso no solucionaría nada.

En ese preciso instante me di cuenta que alguien tenía que ir a remediar las cosas y que en este lugar no me sentía para nada cómoda.

Armé el bolso con lo poco que me quedaba de ropa y sin dar aviso partí buscando nuevos caminos. Sabía que no iba a ser fácil empezar todo desde un principio pero tenía mucha esperanza de ayudar a los más necesitados y ver cuál era la verdadera realidad

## **La libertad de Edmundo**

Josue Levitt

Era el siglo XIX, año 1815. Edmundo fue preso por acusaciones falsas. Está encerrado en una prisión en una isla y desea profundamente reencontrarse con su novia.

Un día, un prisionero aparece, por error, por un agujero que había cavado desde su celda. Juntos planean un escape. Comenzaron a cavar mientras descansaban en la celda del nuevo compañero de Edmundo. En una de las jornadas de trabajo su compañero muere de un ataque, y Edmundo queda escondido en medio del túnel. Cuando los guardias descubren al muerto deciden tirarlo en una bolsa al mar, lo que no lograron darse cuenta fue que mientras preparaban todo para sacar el cadáver Edmundo cambió el cuerpo de su compañero por sí mismo. Así es logró por fin llegar al mar y escapar.

Habiendo conseguido la libertad se da cuenta que antes de ir a reencontrarse con su novia probar su inocencia. Camina hasta hallar un banco en el puerto de la isla. Al ser buen capitán pudo avanzar y llegar a su tierra.

Ahí fue a encontrarse con su amigo abogado para que lo aconseje. Edmundo le cuenta de sus planes para matar a aquel que lo había encarcelado. Pero el su amigo le aclaró:

—Yo te diría que lo dejes vivo. Perdona su vida. Tendrás libertad y el sufrirá.

—¡Ya sé! —dijo Edmundo— puede quedarse con la parte del tesoro escondido en la Isla de Montecristo que desenterrar para a cambio de dársela, me dé su testimonio a favor en un juicio por mi legítima libertad. Mintió cuando dejó que me comprometieran con esa carta.

—Necesitaras prensa a tu favor para que el juez preste atención a tu caso y actúe correctamente. Yo me encargaré de eso. Tengo algunos amigos en los periódicos. Solo necesitaré algo de dinero. Ya sabés.

—Debo desenterrar el dinero— contestó Edmundo.

Edmundo vuelve a la Isla de Montecristo por el tesoro, para luego pagarle a su amigo.

En pocos días su caso salió publicado y tras negociar con su encarcelador, este testimonió a favor suyo por lo que Edmundo fue declarado inocente. A partir de allí Edmundo recuperó su vida y su amor al lado de su novia.

## Los invisibles

Stefania Liendo

La noticia de que un meteorito había caído en Arana salió en la televisión una hora después, como algo urgente. Mis hermanitos habían ido a comprar en sus bicis y lo vieron llegar. Una gran bola de fuego que se acercaba a la Tierra. Se horrorizaron. Creyeron que venía el fin del mundo. Dejaron las bicicletas tiradas y corrieron gritando a casa. A pesar de que cayó a unos diez kilómetros de casa, el temblor del impacto solo sacudió las lámparas colgantes.

Toda la información que obtuve fue a través de los medios de comunicación. Al parecer, el meteoro, era de los más comunes. Su tamaño tampoco representaba una amenaza para la Tierra, ni si quiera su composición. O eso creían.

Los vecinos de la zona de aterrizaje dijeron que, luego del impacto, humo de todos los colores salían de la roca y que su olor era insoportable. Dos días más tarde, todo ser vivo cerca del meteoro estaba muerto. Unas extrañas llagas alrededor de su boca, ojos y oídos, al parecer, eran las causantes ¿pero qué enfermedad hacía eso?

La roca fue llevada al Museo de Historia Natural de la ciudad. La fragmentaron ahí y llevaron cada trozo a diferentes países, entre ellos Estados Unidos e Inglaterra.

En los comunicados oficiales no nos dijeron que habían encontrado, en un análisis microscópico millones de organismos extraterrestres vivos. Que se multiplicaban el doble de rápido al darles la luz directa.

Al parecer, toda la gente que se había expuesto a la roca estaba contaminada, y al ser seres desconocidos nada podía hacerse.

La muerte por exposición al asteroide fue creciendo. Los pobres curiosos diseminaron por todas partes a los diminutos seres, sin saberlo.

Fue una silenciosa invasión. Incontrolable y mortal. Ataca al corazón hasta hacerlo explotar.

El minúsculo extraterrestre, después de haber completado su misión, intentaba salir de allí. A eso se deben las espantosas llagas en los muertos. Se emanan de ellas, flota en el aire buscando otro anfitrión al cual aguarle la fiesta. No les importa si era un niño o un adulto. No tiene pudor al elegir. Hoy a tres meses de su llegada la humanidad se rindió. El caos que hay no importa. Estamos condenados a morir, tarde o temprano.

A mí ya no me queda nadie. Estoy sufriendo lenta y dolorosamente, mientras espero mi turno.

## La búsqueda

Yamila López

¿Se acuerdan la historia de los asesinos que les conté?

Admito que olvidé contar algo, en realidad es lo más importante. Ahora recuerdo que mi madre siempre me decía que tengo el defecto de no contar lo importante de las cosas. No creo que sea así, pero si lo pienso bien, en este caso puede que mi madre tenga razón.

Les conté de algunos mafiosos que buscaban a un hombre para matarlo y no conté porque. Ese día yo fui a visitar a Jhon, y no llegue a entrar porque lo escuché gritar, así que decidí quedarme en la puerta hasta que todo se calme. No pude evitar escuchar. Fue más o menos así:

—¡Él sabe que no puede retirarse! —dijo Jhon— él es el jefe y es un viejo gruñón. La mayoría de sus amigos le tememos.

—Jefe, yo pienso que...

—No piense por mí Max. Haz lo que te digo— gritó enojado

—Pero jefe, mírenos, no pasamos el metro sesenta y mire su foto, es muy grande este hombre. Piénselo bien, solo quiere retirarse del negocio.

Jhon tenía un negocio ilegal de bebidas, en esa época, y con lo de la “Ley Seca”, los viejos buscaban mucho ron con sabor a años que solo Ole sabía hacer. Para Jhon se había transformado en un negocio millonario, tenía clientes fijos que habían pagado por adelantado las próximas cajas y lo que había solo cubría un cuarto de lo que necesitaba.

Ole había viajado mucho y aprendió muchas cosas. Como practicaba boxeo aprendió a hacer sus propias bebidas para antes y después de cada pelea, que la mayoría terminaban en festejos.

—Qué raro —pensaba Max— siempre fue el jefe en persona a arreglar estos asuntos.

—Tenemos que vestirnos de malos ¿no? —agregó al pensamiento de Max el compañero de búsqueda del grandote— Quizás un sombrero y un saco.

—Yo agregaría también unas botas altas y anteojos— dijo Max entusiasmado.

Así que decidí seguirlos, muy de cerca, para saber de qué se trataba.

Por fin consiguieron la vestimenta y emprendieron viaje. Ambos sabían dónde almorzaba, y que hacía bien temprano.

El viaje fue largo, las calles no tenían nombre y no estaban seguros de querer encontrarlo.

Cada vez que miraban su foto para reconocerlo, se preguntaban si en verdad lo harían.

Llegaron al lugar y había una chica en el mostrador.

Caballeros ¿Qué puedo ofrecerles?

—Por el momento nada —dijo Max— esperamos a un amigo.

La chica se mostró sorprendida y se retiró.

Max y Al se dieron cuenta que quien estaba en el fondo de la sala era Ole, en persona era aún más temible. Era el momento de tomar una decisión.

Al llamó a la chica que los atendió y le dijo:

—Dígame, ¿cubre usted todos los turnos aquí?

—No, ya termina mi horario y entra mi compañero— respondió.

La joven se retiró y Al sonrió a Max.

—Volveremos más tarde cuando Ole no esté y amenazaremos al chico del próximo turno.

Iremos con Jhon y le diremos que no lo encontramos, no mentiremos, solo omitiremos información, y huiremos de la paliza que ese hombre podría darnos.

Max no dijo nada, solo tomó el sombrero y salió del lugar.

Después de caminar unas cuadras en silencio, miró a Al, golpeó con su puño el brazo de su compañero y dijo:

—¡Cobarde! — y los dos rieron.

## **Quiero llegar a cien**

Agustín Martinelli

La noche está cayendo suavemente, por momentos los tonos violáceos del cielo distraen mis ojos, no puedo evitar despegar mi cara de la mirilla del rifle para contemplar tal esplendor. Los minutos pasan, la oscuridad avanza y mi vista se entorpece, cada vez me cuesta más mantener la mirada atenta a través del frío lente.

Ésta es la tercera penumbra que pasó acostado boca abajo a los pies de este árbol, los pastos altos me cubren como una sábana. No podrían verme ni a diez metros.

Estar tanto tiempo inmóvil tiene su precio, tengo las extremidades totalmente entumecidas, de vez en cuando, siento una necesidad urgente de estirar mi brazo izquierdo para asegurarme que sigue estando ahí. Mis articulaciones crujen como la madera con el más sutil movimiento.

Por el rabillo del ojo logro distinguir una leve luminosidad que capta mi atención, rápidamente apunto mi Springfield 1903 a la fuente de luz. En ese momento recuerdo la

misión. Todo este tiempo tendría que haber está vigilando el campamento alemán. El tenue resplandor se proyectaba desde una ventana en el segundo piso de la casa más grande. No pude percibir movimiento dentro. Debo haber mantenido la retina fija en ese rectángulo por al menos dos horas, lo sé porque todo alrededor de ella se difuminaba y perdía forma.

Cuando estuve a punto de fijar mi gatillo hacia otro lado, un hombre se asoma por la ventana. Tranquilo prende un cigarrillo, dispuesto a disfrutar de la brisa apoya sus codos en el marco de la ventana.

El empujón del arma hizo correr la adrenalina por mi cuerpo, despertando cada célula. Sin dudar u segundo volví a enfocarme en la ventana, el soldado ya no estaba. Distinguí su sangre salpicada en la pared de atrás. Saqué mi libreta pensando “uno menos”, y anoté una pequeña línea más. Ya son 98, faltan pocos...

## **Demasiados escrúpulos**

Nazareno Napal

Ayer no comimos. Hoy tampoco. Reviso una y otra vez mi mochila en busca de la solución, cuando una sonrisa se dibuja brevemente en mi rostro al encontrar una sopa enlatada en un bolsillo que nunca había revisado. Rápidamente las dudas invaden mi cabeza. No estoy seguro si comerla ahora, sin saber cuándo llegarán las próximas provisiones. La guardo. Me pregunto si debería compartirla a Mauricio, un compañero muy joven que hace dos días había recibido un balazo en la pierna, dejándolo gravemente herido y al cual todavía no habíamos podido evacuar por encontrarnos en el corazón de la guerra.

Un sonido grave recorre mi estómago provocando que no me resista más, la saco y la abro. Decido compartirla con Mauricio, a quien me tocaba cuidar. Cuando la terminamos, oímos una explosión muy grande. Llevo siete meses en combate por lo que puedo deducir que no fue lejana, tal vez a unos 200 metros. Aturdido salgo de la carpa y veo el rostro de mis compañeros huyendo, muchos heridos y al General Ramírez en el suelo sobre un charco de sangre.

Di dos pasos como para empezar a correr, pero un pensamiento me atravesó y sentí que no podía dejar a Mauricio en la carpa, era condenarlo a una muerte segura. Por un segundo odio mi compañerismo, desearía ser un maldito egoísta, pero no. Allí estaba, cargando a un compañero herido y que pesaba más que yo como podía.

Después de unos momentos no soporte, los solté en el suelo y me di cuenta que habíamos perdido al grupo, no sabía dónde nos encontrábamos. De lo único que estaba seguro es que el enemigo estaba cerca.

Era muy arriesgado tratar de llegar a alguna base. La más cercana se hallaba a unos tres o cuatro kilómetros y mi única orientación era el sol. Para colmo, estaba anocheciendo. Tome la decisión de quedarnos allí, entre esas rocas y arbustos secos. También preferí soportar el frío nocturno antes de prender una fogata y arriesgarnos a ser descubiertos. Mauricio se limitaba a agradecerme una y otra vez por no haberlo abandonado. Deliraba por el dolor, la herida era profunda y ambos lo sabíamos, el olor a pus e infección era inaguantable. Durmió toda la noche, yo solo cerré los ojos por unos momentos, pero ante el más mínimo ruido provocado por un insecto o por la brisa del viento me despertaba.

A la mañana elegimos arriesgarnos. Avanzábamos como podíamos. La herida de Mauricio estaba cada vez peor y ya había tomado un color morado. Entre delirios y agonías no paraba de decir que se la tendrían que amputar. Yo trataba de calmarlo pero en el fondo sabía que era lo más probable.

Escuché ruidos y me lancé al suelo. Tomé el rifle, me apoyé sobre una roca y mediante la mira del arma divisé a un soldado enemigo. Cuando iba a disparar, volteó hacia mí y me vio. Se quedó paralizado, como entregado a la muerte. Fue entonces cuando alcancé a ver

en su pecho una cruz roja dibujada. Era médico, dudé por un segundo pero finalmente bajé el arma, no podía asesinarlo. Le hice un ademán y se fue corriendo.

Siempre fui un soldado con muchos escrúpulos, sabía que debía pensar menos y actuar más. Lo sabía, pero no podía.

Nos detuvimos a descansar porque Mauricio no podía seguir, pensé que solo sería para un rato, pero vi la expresión en su cara. Estaba vencido, y supe lo que me iba a decir. Me pidió que lo dejara allí y me vaya. Le insistí pero no hubo caso. Le deje un arma con una bala y emprendí mi retirada. Había caminado tan solo unos metros cuando oí el disparo. Seco y rotundo. Mauricio estaba muerto.

Estaba seguro que me hallaba cerca de la base y cuando suponía que no me faltaba mucho volví a escuchar ruidos. Esta vez eran más. Esta vez eran muchas las gotas de sudor que corrían por mi cabeza, saque una servilleta y bolígrafo. Escribí una carta para mi esposa, conté hasta tres y Salí corriendo.

Llegue a la supuesta base y no había más que cuerpos sin vida y mucha sangre. Aparecieron unos quince soldados entre los que se encontraba el médico que no había querido matar. Me miró a los ojos y bajó la cabeza. Deje caer mi arma y respire hondo. Ya no había escapatoria.

## **Poder y problemas**

Juan Oyarzabal

María es una joven mujer de 22 años, está casada con un funcionario muy importante del gobierno. Este hombre la dobla en edad y siempre actúa de forma muy violenta. Ella acude a la iglesia buscando una solución, en su tía encuentra una respuesta, quien era monja y le dice de manera muy fría “reza y espera que él se marche de aquí”. Luego de la repetición de actos violentos, se decide por separarse, lo cual estaba muy difícil para ella ya que pondría en una posición no deseada e incómoda a su marido.

Quien se encargó de sobornar uno por uno a sus familiares y allegados para que la convencieran de que no la deje, con dinero lo logró.

Al darse cuenta que incluso su sangre también estaba manipulada por este tirano, decide planear un viaje en soledad.

Luego de tener bien en claro como actuaría, se marcha.

Al pasar un año este pierde su puesto por la desaparición de su esposa, ya que era el único culpable posible por sus numerosas causas violentas. Además luego de varias entrevistas policiales varios familiares admitieron aceptar sobornos de este hombre.

## **Yo soy otro tú y tú eres otro yo**

Franco Pallares

No sé, si fue algo personal o el destino me puso ésta carta en el camino.

Siempre fui muy curioso sobre las culturas del mundo y sus saberes, me llamaba la atención cómo todos físicamente podemos ser tan iguales y tan distintos en creencias. La experiencia de viajar fue un obstáculo en mi vida, en muchas ocasiones y en muchas circunstancias. Fue el impulso a seguir viviendo. Tan sólo, que no debía rendirle cuentas a nadie, una frase rondaba en mi cabeza era “Si hoy comiste, hoy no te vas a morir”.

Cuando llegué a Santiago del Estero a dedo, fueron acciones del destino, yo quería arrancar por el sur, pero el calor me llamó más la atención. En Santiago encontré mi lugar en el mundo, mi vida algo no tenía muy en cuenta. Aprendí a hacer guitarras, bombos, arcos, mates, me convertí en el experto de la madera.

Pero lo que me transportó a otra dimensión fueron las enseñanzas “chamanes”. El día que en esa tarde de calor seco mis hermanos chamanes me dieron de tomar “las espinas del

cardo santo”, el San Pedro era el centro del cactus. Después de un buen viaje y muchas reflexiones, que mi mundo termina en él, en ese ritual donde todo se proyectaba en mí. Fue el único capacitado para convencerme de que se podía viajar sin moverse y comprendí que los lugares en que querés estar o ir se encuentran en tu cabeza y no la web. Mis valores eran otros, mi vida fue un solo viaje y de ida.

## **Mártir**

Lucas Pérez Pallavicini

Cuando ella murió no lo podía creer nadie. ¡Era tan buena y tenía tanto por vivir! Al menos eso parecía. Por eso, mientras la velaban ingresé para hablar con su familia y enterarme de cómo cargaban con semejante pérdida. Sin ningún reproche, la describían como una persona abierta, sensible socialmente, que jamás persiguió a nadie ideológicamente, ni a los pobres, ni a los homosexuales, ni a nadie, absolutamente.

Tenía una gran capacidad oratoria y eso le hacía llevarse bien con todo el mundo, pero su gran arma para agradaarle al otro, era su capacidad de escuchar. Jamás interrumpía a nadie que tuviera algo para contarle.

Estaba en todo evento benéfico que existiera y siempre aportaba lo que estaba a su alcance. Y eso era mucho, aunque no le gustaba ostentar. Es más, odiaba y despreciaba con mucho rigor a las personas de su clase.

Y así murió, dice, por el estrés de ayudar, la preocupación y la pena que le daban los humildes y lo poco que sentía que podía hacer por ellos. Sin dudas, como Moreno, Artigas, Güemes y Eva Perón; Mirtha Legrand se ha convertido en un mártir en la historia de los que dieron la vida por los más desposeídos.

## **Pequeñas alegrías**

Micaela Perfumo

Se me hacía tarde para alcanzar el micro que nos llevaba a todos los del pueblo hasta la escuelita a la que íbamos sólo ocho. Estoy en cuarto grado, me atrasé porque muchas veces no entendía, no lograba entender las tareas y mi abuelo está muy viejito y mucho no se acuerda de las cosas, sólo pudo enseñarme a leer y muchas otras cosas que ahora puedo hacer para llevar la comida a mi pequeña casa.

Me llamo Tomi, tengo 11 años y vivo con mi abuelo que no se acuerda su edad, no somos una familia muy grande ni tampoco tenemos mucha plata. A veces sólo tomamos té acompañado de pan. Los días que junto muchas botellas y cartones podemos hacernos un guiso que la vecina me está enseñando para poder cortar y cocinar solo. Cada día que pasa pienso que me gustaría haber nacido capaz en otro lugar más lindo o sin tener que pasar frío en los pies y muchas otras cosas más.

Salí a horario y estaba esperando el micro que me trasladaba, sólo llevaba un lápiz y algunas hojas que una vez encontré con otros cartones. De lejos veo venir a los chicos más grandes del pueblo, siempre se creían los mejores y se hacían los malos tratando mal a todos, hasta a sus madres y abuelas que eso no se hace, mi abuelo me ha enseñado a respetar. Se acercaron hasta donde yo estaba y me empujaron tan fuerte que me caí, yo era como un costal de huesos o eso decía mi abuelito cada vez que me daba más de su comida. Tirado en el piso me pegaron unas cuantas veces a patadas y me sacaron mis zapatillas.

Pasó un rato largo y el micro vino, me subí descalzo en medias donde la de mi pie izquierdo tenía un agujero. Dos o tres chicos se rieron. Cuando me bajé y entré al aula todo rápido para que nadie pueda verme, la señorita Teresita se dio cuenta y me llevó a la sala donde siempre que yo pasaba podía ver que estaban comiendo o tomando algo calentito. Me dijo que me sentara y la esperara. Estaba muy triste porque pensaba que me iba a retar por



haber venido a la escuelita sin zapatos, pero no, vino con una caja y me pidió que la abriera. Me largué a llorar y me preguntó por qué lloraba, le respondí que porque estaba juntando monedas para comprarme unas así. Me las puse atando los cordones con un doble nudo como me enseñó mi abuelito y me quedaban un poco grandes, me preguntó si me iban, mentí y le dije que sí.

Salí sonriendo y agradeciendo que en otro lugar no quería haber nacido y soy feliz donde estoy.

## **Más allá de la muerte**

Juanita Pichén Prado

Con tan sólo 19 años, alegre, sociable, preocupada por los demás, nunca pensó que en un abrir y cerrar de ojos le pasaría algo tan horrible aquella tarde.

Siendo las 15 horas del día 16 de febrero, ella estaba muy emocionada, ya que esa noche era la fiesta de su madre. Con incertidumbre e incógnitas por su cabeza, se dirigió al centro de su ciudad, Trujillo.

Dos hombres extraños la seguían, intentó no darle importancia pero no pudo evitar sentir miedo; visitó diversas tiendas, de todo tipo, cuando de pronto, observó un vestido que le encantó y se decidió por ese. Salió muy feliz de dicha tienda pero sin darse cuenta ya había oscurecido.

Caminó hacia una remisería y otra vez dos hombres extraños la seguían, arrancó a correr y ellos corrían aún más rápido.

La doparon con algo. Minutos después, inconsciente se fijó que estaba dentro de un auto de lunas polarizadas. Sin fuerzas para defenderse, intentó gritar pero era como si nadie la escuchara. De pronto lágrimas resbalaban sobre sus mejillas y escuchaba a alguien decir: “Acelera que el cliente está esperando”, en el momento aquel sujeto aceleró sin fijarse, se estrellaron contra un tráiler. Al poco rato escuchó ambulancias, policías, se escuchaban muchas voces. Algunas diciendo que reconocían el cadáver de aquella chica, y sin pensarlo era ella.

El oficial Ramírez se comunicó con la madre de la difunta y le dio la trágica noticia.

Llantos, lamentaciones, murmuraciones. Se observaba a sí misma postrada en aquel ataúd. Su novio “llorando” y su mejor amiga “consolándolo”.

En aquel momento en un descuido de todos los presentes, le dijo: “Era lo que esperábamos hace mucho, ahora podemos ser felices” y le plantó un beso.

Cuándo y dónde empezó todo se preguntaba ella, sin hallar respuesta.

Lo mejor no es haber muerto, lo mejor es haberse dado cuenta de la hipocresía tan enorme que la rodeaba y que tuvo que dejar de existir para darse cuenta. Finalizó aquel espíritu.

## **Antología**

María Plata

En toda la noche no pude dormir. El estómago me dolía y los nervios eran insoportables, en verdad no sabía si estaba tomando la decisión correcta. Me paraba tomaba agua, miraba por la ventana. Sólo una idea tenía en la cabeza, y si en verdad me estaba equivocando, y si esta no era la salida.

El cansancio me venció. Pero en realidad no dormí solo me derrumbé. La realidad volvió de nuevo a mí cuando mi mamá entró al cuarto a despertarme y lo primero que fueron las maletas listas y cerradas. El viaje era un hecho.

Nunca había planeado algo así. No me gustaban las cosas muy radicales y aunque había soñado muchas veces con viajar y dejar todo atrás, siempre tuve el fiel pensamiento que

nunca pasaría. Ese lunes estaba a un par de horas de tomar un vuelo que me llevara 6 mil kilómetros lejos de todo lo que conocía.

Los aeropuertos son lugares grandes, fríos, artificiales y tristes. Edificios metálicos con un clima gris que se disfrazan de puntos de encuentro cuando en realidad siembre han visto las más tristes despedidas. Sentada en la sala que espera para subir al avión. Vi una pareja a tres metros mío darse un beso. Nunca vi un beso que al mismo tiempo tuviera tantas lágrimas.

Odié la comida del avión, seca, sin sal, plástica. El haber viajado de noche me dio la ventaja de intentar dormir, no había ninguna posibilidad de que lo hiciera, pero intentarlo me distraía; ya no pensaba en si había tomado la decisión correcta, porque así no lo hubiera hecho, ya no había vuelta atrás. La azafata paso ofreciendo café, me tomé dos en 10 minutos.

Fueron ocho horas que se sintieron como 30. Ocho, porque al igual que en el transporte terrestre siempre hay retrasos, aunque un retraso en pleno vuelo da más pánico que impaciencia. A penas salí del avión, sentí un olor a humedad que desde ese momento sentí un olor a humedad que desde ese momento siempre la asocié a los nuevos comienzos.

Caminé despacio todo el recorrido a migraciones. Sentía una mezcla tan extraña de sensaciones que lo único claro que tenía en ese momento, era que tenía muchas ganas de vomitar.

Después de pasar migraciones, y no vomitar en el intento del aeropuerto. Me desorienté. Era como si no supiera donde estaba, quien era, todo parecía un sueño.

Para calmarme saqué una antología de cuentos de Cortázar de la maleta sólo para ubicar mi mente. En ese momento un joven de ojos azules, pelo negro que olía a cigarrillo se sentó a mi lado. No sé porqué me habló, tampoco sé por qué dijo lo que dijo, pero sentí que fue la forma del país de darme la bienvenida.

-Che te gusta Cortázar, él es mi escritor favorito. Vas a encajar muy bien aquí- dijo.

Por fin tuve los pies en la tierra, me había ido a vivir a Argentina.

No siempre la vida es color de rosa- Mariano Cardín Quiroga

Su amigo trató de calmarlo, pero luego de varios intentos fallidos decidió dejarlo en aquella habitación repleta de suciedad por donde se la mire. Ésta situación se remonta a algunos años atrás, cuando Gustavo Herrera apenas era un muchachito mal criado, de nueve años, por el descuido de sus padres, quienes se dedicaban más a su trabajo, que a su propio hijo. Por cierto, eran un matrimonio multimillonario de las afueras de General Pico.

Hay quienes dicen que la vida no siempre es color de rosa, y por lo tanto, Gustavo Herrera, o Tavo como le decían sus amigos, no sería una excepción.

Era el día veinte, del mes de diciembre, a las nueve y media de la noche, cuando la noche recién empezaba a caer sobre ese cálido día de verano. Como hábito, la familia Herrera tendía a ver televisión en una de las tantas salas de su inmensa casa. Por culpa de estas dimensiones, nunca percibieron que justo en su casa, entrarían un par de delincuentes, con el obvio fin de saquear esa bella residencia, pensando que estaría vacía. Pero para sorpresa de los ladrones, se encontrarían con la familia.

Atónita por ésta situación, la madre de Gustavo, Juliana, entró en pánico y los delincuentes arremetieron contra ella arrebatándole la vida en un abrir y cerrar de ojos, mientras que su marido, el exitoso doctor Nicolás, corrió para salvar su vida, y la de su hijo. Cometido que lograría a medias, ya que sólo se salvaría Gustavo, mientras que él moriría producto de un disparo en la zona del pecho.

Luego de ésta desesperada y poco afortunada situación, Gustavo quedaría huérfano y perdiendo la fortuna de sus padres, producto de una estafa que el abogado de la familia le hizo. Sí, a ese pobre niño de tan sólo nueve años.

Por culpa de esto, el joven Herrera andaría rondando de barrio en barrio, comiendo miserias que los bares tiraban, durmiendo en plazas, con tan sólo un par de cartones.

Por si fuera poco, la poca gente que lo recibía, lo hacía trabajar como trapito en las calles céntricas de la ciudad.

Vivió así hasta los diecisiete años, maltratado y apaleado por la sociedad, junto a su amigo Mauro Espósito, un delincuente juvenil de celulares.

Éste invitaría a Gustavo a vivir en su “rancho”, lugar que había allanado hacía mucho tiempo, pero a cambio, tendría que salir a robar con él.

Desbordado por ésta situación, él decide comenzar a gastar su plata en alcohol. Enloqueciendo solo y triste por su pasado.

Es en ese entonces que decide encerrarse en esa habitación muy sucia, sin escuchar los consejos de su amigo, que luego de escasos intentos para que se calme, decide irse, sin saber que luego de varios minutos, Gustavo arremetería consigo mismo, acabando con su miseria en aquella habitación repleta de mugre, piso de tierra y llena de agujeros en el techo.

## **La inclusión ayuda en la decisión**

María Lucía Rojas Perassi

Caía la tarde en buenos Aires y, en la Casa Rosada se percibía un clima tenso. El Presidente de la Nación junto a autoridades eclesiásticas, debían determinar qué decisión tomar respecto al aborto legal.

Para los de la Iglesia, se trataba de una locura pensar en permitir semejante suceso. En cambio, para el Presidente y sus autoridades, era un acto revolucionario que implicaba instaurar una nueva forma de concebir la concepción humana.

El representante de los ciudadanos argentinos, y un grupo de monjas y curas, soñaron con llegar a un legítimo acuerdo. Sin embargo, el mandatario de la República Argentina, no daba el brazo a torcer, seguía con su postura abierta de permitir la acción de abortar como un acto coherente. Pero los representantes católicos, se mostraban indignados ante tal forma de proceder del Presidente.

Ambas partes se reunieron para lograr concretar el fin de la discusión.

Los sacerdotes mostraron su disconformidad. Las monjas no pudieron hacerlo, quizá sea una cuestión de poder, vaya uno a saber.

Pero el mandatario expuso sus ideas; de esta manera, dejó a un lado las formas de pensar de los católicos.

Asimismo, los curas manifestaron su descontento. Acudieron a un reclamo masivo de representantes de la máxima entidad eclesiástica.

A todo esto, las sacristanas de distintas parroquias quedaron relegados del pedido antes mencionado. Sólo pudieron participar de la movida, integrantes de la Acción Católica Argentina (ACA).

Todos ellos siendo hombres. Sí, solamente ése género pudo expresar sus convicciones e intereses fue así por decisión del Arzobispo, ya que consideró que si acudían mujeres no iban a tener la susceptibilidad de defender sus derechos y, la concepción cristiana.

Finalmente, poco pudieron hacer los hombres ante la decisión del gobierno de declarar el aborto como legal. Resultó que el presidente, confirmó lo ya anunciado; esto dejó a los miembros de la Iglesia con una profunda tristeza y desolación.

## **Las vueltas de la vida**

Enzo Roselló

Como todos los días, Tomás lloraba para que su papá le dé la comida, no siempre tenían para comer, su madre ya no estaba para poder cuidarlo. Él no podía asistir al jardín y mucho menos a la escuela, su padre no tenía dinero para poder hacerlo.

Ellos vivían en una villa a las afueras de la ciudad de Buenos Aires, Tomás, con apenas siete años, salía con su padre a juntar cartones, revisar bolsas, pedir plata y muchas cosas más para poder comer algo.

A veces, su vecina Sandra lo cuidaba para que su padre trabaje pero él utilizaba ese tiempo para consumir drogas y robar. Luego de estar preso muere y Tomás queda huérfano a los 11 años.

El niño queda a cargo de su vecina, que trabajaba para poder darle estudios, pero él sólo quería salir a pedir, porque era lo que sabía hacer. Logran convencerlo para que estudie y a pesar de sus dificultades para aprender, logra terminar la primaria.

Al poco tiempo se entera que Sandra está enferma y ya no puede trabajar, él decide abandonar sus estudios secundarios con la necesidad de trabajar para poder atender a la mujer que lo crió.

## **La integridad perdida**

Vera Sangiácomo

-¿Otra vez lo mismo María?

-Ya sabés como es mi mamá Pedro. Desde que mi papá se fue, mi casa es un caos.

-Tenés que tener paciencia. Tu mamá todavía está dolida y tiene que lidiar con toda la gente de la Iglesia que la mira raro por ser divorciada.

-¡Eso es lo que más bronca me da! ¿Qué les importa a ellos la vida de mi mamá? Y peor todavía es que a mi mamá le importe lo que ellos piensen.

-La verdad es que yo tampoco lo entiendo. Claudia parece tan fuerte, tan decidida y plantada... ¡Pero entra a la iglesia y se transforma!

-Ni me lo digas, ya me cansé de discutir eso. En fin, ¿otra porción de pizza? – dijo María poniendo ojos suplicantes.

-¡Sos terrible! ¿Dónde te queda todo lo que comés?

-No creo que quieras saberlo- ambos estallaron en carcajadas.

Luego de un par de cervezas un hombre se le acercó a María y comenzó a hablarle. No se sabe si por las cervezas o por la necesidad de distraerse, María no solo le dio charla, sino que posteriormente, accedió a irse con él, algo que jamás había hecho antes.

Primero fueron a un bar, pero en un momento dado, luego de un par de tragos más María casi no tenía control sobre su cuerpo y decisiones, y el hombre se la llevó a un hotel.

Cerca de las seis de la mañana, María despertó desnuda y al lado de un hombre del que no recordaba nada. Las ganas de llorar pronto aflojaron y salió corriendo al baño. Se miró en el espejo y escupió la palabra “Putá” a la imagen que el espejo le devolvía. Luego se lavó la cara y el cuerpo, salió se vistió y se fue.

Nunca le contó ese episodio a nadie. Haber perdido la virginidad con un desconocido en un completo estado de ebriedad.

Pasado un mes y medio del hecho, algo cambió: tenía un atraso. Y la idea de estar embarazada la asaltó.

Finalmente decidió comprar un test y sacarse la duda. Al dar positivo no pudo evitar llorar durante horas sin parar. Cuando logró calmarse, inició la búsqueda del hombre tratando de recordar lo que más podía.

Para su sorpresa, lo encontró enseguida. “El poder de las redes sociales”, se dijo, y se puso a idear como decirle lo del embarazo.

Pasaron unos días hasta que se armó de valor para ir a su casa. Y cuando fue recibió un portazo en la cara. Sin saber qué hacer, terminó acudiendo a su mamá Claudia, quien reaccionó mucho mejor de lo que María pensaba y luego de pensar un rato en lo que acababa de enterarse, decidió que lo más prudente era consultarlo con el párroco de su Iglesia.

María no estaba de acuerdo, pero no consideró que estuviera en condiciones de objetar, así que accedió.

El párroco, Daniel, luego de escuchar la historia, quedó en absoluto silencio durante unos minutos que parecieron eternos, y después aconsejó que lo mejor era dar al niño en adopción, dado que el hombre en cuestión, el padre del niño, era candidato a intendente de su ciudad y estaba a punto de casarse.

Tras este consejo, agregó que “además el bebé quizás no es de él”. Al escuchar esto María no pudo hacer otra cosa que llorar y Claudia estalló en un ataque de furia en el que despotricó contra toda la comunidad, a los gritos agarró a su hija del brazo y salieron a los tumbos de la Iglesia.

Una vez en su casa, Claudia tranquilizó a María asegurándole que nada iba a faltarle a su bebé, que ella siempre estaría para ellos. Pero luego la miró muy fijo a los ojos y le dijo que debía pensar bien que quería y que consideraba mejor para ella y para el nuevo ser que venía en camino.

-Pensalo tranquila mi amor. Es una decisión difícil. Pero se y confío plenamente en que vas a decidir lo mejor para nosotros tres. Te amo María. Y en unos meses vas a saber cuánto, pues vas a amar a tu hijo de la misma manera.

-Gracias mamá, yo también te amo- respondió con los ojos repletos de lágrimas.

María no dejaba de llorar. Su madre le estaba dando la espalda a todo el mundo con tal de apoyarla ¿Qué se suponía que ella tenía que hacer? Ella conocía a su padre. No tenían una relación cercana, pero lo conocía. ¿Podía entonces quitarle a su hijo la posibilidad de tener uno? ¿Aunque éste no lo quisiera?, ¿era preferible que “no tenga un padre” o luchar por uno que no lo reconoce como tal?

## **Tierra de diamantes**

Jonathan Santana

Muzambe es un pescador de la tribu Azul de Sierra Leona.

Un día cuando volvió de pescar vio cómo su hijo Drogba era mutilado a machetazos por los guerrilleros de las minas de diamantes.

Muzambe miraba horrorizado como a su hijo se les desprendían las extremidades, pero eso no lo mataba, solo extendía su agonía mientras la sangre le brotaba desde los pedazos de carne que colgaban de su cuerpo.

Una vez que acabaron con toda su familia y todos los que estaban en la tribu se marcharon. No todos murieron, algunos de buen físico, fueron llevados como esclavos a las minas de diamante.

Allí trabajaban hasta morir. Eran torturados de las maneras más crueles, desde cortarles la lengua para que no hablen entre ellos hasta los quemaban y marcaban como si fueran ganado para evitar que escapen. No había humanidad en esos lugares, mucho menos esperanza.

Estas personas eran humilladas frecuentemente, obligados a hacer cosas horripilantes hasta a sus propios compañeros.

Algunos optaban por la salida menos “dolorosa”, el suicidio.

## **El milagro**

Salvador Strube

Era la puesta de sol más linda que había visto. Solíamos juntarnos con mis compañeros siempre a ver el atardecer y fumar algunos cigarrillos. Pensábamos en las cosas que haríamos luego de que esto terminara. Esa sensación de desarraigo era algo que nos

apretaba el pecho y nos formaba un nudo en la garganta hasta el punto de no poder respirar.

No encontrábamos en las islas Chesterfield, al este de Vietnam. Las tropas enemigas habían atacado gran parte de nuestro equipo. Esperábamos refuerzos y también provisiones. Estábamos prácticamente en la lona. Claramente uno lo último que pierde es la esperanza. El deseo de volver a ver a nuestras familias era lo que nos mantenía vivos y con hambre de gloria, aunque las posibilidades de ganar la guerra eran pocas, y el miedo a la muerte ya se había convertido en un amigo que nos acompañaba durante las noches.

Pasaban los días y las cosas no mejoraban ni un poco, la cantidad de soldados que morían era cada vez mayor. Nada volvería a ser como antes si acaso el milagro ocurriera. Sería una tortura convivir con la imagen de todos esos momentos horribles por los que pasamos, al punto que algunos decidirían quitarse la vida antes que soportar eso.

Pero yo siempre digo que no está muerto quien pelea, y el que abandona no tiene premio.

Resistir, siempre resistir. Por amor o por lo que sea que a cada uno lo ayude a seguir. Y así, un día, el milagro llegó.

## **La cara de la soledad**

Laura Vargas

—¿Qué es la soledad? —ella preguntó pero nadie respondió; la desconcertó el silencio de tantas personas que semejaban ninguna. No sabía si no la escuchaban, ella no escuchaba lo que decían, o simplemente no había quien respondiera porque ninguna de esas personas había experimentado alguna vez lo que era la soledad.

—¿Qué es la soledad? —repitió la pregunta para asegurar su hipótesis; efectivamente no hubo respuesta alguna y así descartó la primera opción. ¿Será que no podía escuchar a nadie? El repudio a las palabras sin sentido podía ser el motivo por el cual no tenía la capacidad de escuchar, pero: ¿Tampoco para ver? Había personas presentes pero sus labios siempre se mantuvieron cerrados. Así calló la segunda teoría. ¿Sería posible que no hubiera respuesta a la pregunta porque las personas a su alrededor eran incapaces de sentir la soledad?

Maia siempre fue capaz de replantearse lo que era la verdad; no creía en una verdad; no creía en una verdad absoluta, pero tampoco negaba la existencia de una realidad verídica y única. La subjetividad de estos conceptos le generaba basta curiosidad. Sin embargo, era incapaz de encontrar quién complementara su sed de saber. Decía que se sentía sola, que la rodeaba el mundo, pero no encontraba a nadie. Esto la llevó a no poder arraigarse a nada, sus raíces no encontraban tierra para amarrarse a algo, después de todo, era un alma libre. Salió del aula de la clase con una pregunta aun rondando su cabeza; se sentó en una banca y se inundó de paz Mientras quemaba el tiempo, veía la gente que pasaba, intentaba comprender por qué había tanto plástico desfilando frente a ella. Sus ojos sólo podían captar enormes pasarelas de cemento sin gracia, que abrían camino a una sociedad mentirosa e hipócrita.